

EL BARCO DE VAPOR



POR FAVOR,
¡NO LEAS
ESTE LIBRO!



JOHN
FITZGERALD
TORRES

sm



BANCO DE LA REPÚBLICA
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO

EL BARCO



DE VAPOR

Por favor,
¡no leas este libro!

John Fitzgerald Torres

ILUSTRACIÓN DE PORTADA Powerpaola

VI Premio de Literatura Infantil
El Barco de Vapor-Biblioteca
Luis Ángel Arango 2013



BANCO DE LA REPÚBLICA
BIBLIOTECA LUIS ÁNGEL ARANGO

Contenido

[Portada](#)

[Dedicatoria](#)

[Epígrafe](#)

[La cosa](#)

[Lo que más odio](#)

[En busca de un método](#)

[Una revelación](#)

[Que lo lea otro](#)

[Tranquilos, no pasa nada](#)

[¡Perdido!](#)

[¿Qué hacer?](#)

[¡Crash!](#)

[Última hora](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)

Para mis amores
Bibiana, Francisco y Sarah,
los mejores lectores de la galaxia



La lectura debe ser
una de las formas
de la felicidad
y no se puede obligar
a nadie a ser feliz.
JORGE LUIS BORGES

La cosa

MAMÁ LA PUSO sobre la mesa: era pequeña, plana, rectangular. Sin mucha gracia. Una de esas cosas que solo sirven para leer.

Llevaba un forro de plástico transparente sobre la portada y sus hojas estaban bien apretadas y sin doblar. De reojo, las letras resultaban borrosas y lo demás eran manchas de colores sin forma. No miento: un verdadero caos.

Me acerqué a la mesa y de otra ojeada súper veloz traté de calcular el número de hojas de aquel horrible objeto. Pensaba en mis experiencias anteriores: más grueso = más días, es decir, más sufrimiento.

Mamá descargaba las compras: unas latas de atún, un paquete de sal, salsa de tomate, verduras... Al lado, la caja con los productos naturales que ella vende durante la semana, frascos azules con polvos misteriosos para adelgazar, sobres con extractos verdes para ansiedades digestivas, gotas de hierbas mágicas para desórdenes nerviosos... Y como si yo no hubiera visto la cosa aquella sobre la mesa, ella se encargó de hacérmelo notar.

—¡Mira qué lindo libro leeremos esta semana, Lore! —me pareció que su tono era casi de fiesta y que no venía al caso, para mí no era ningún motivo de celebración. Me lo mostró por ambos lados, como para que adivinara de qué trataba, iba a leer el título en voz alta, pero al final no lo hizo. De repente, se quedó mirándome con unos ojos muy iluminados, diciendo algo que yo no alcanzaba a captar:

—Es un libro muy especial, Lore, de verdad, muy especial.

Así, de entrada, yo no entendía cuál era la condición tan especial de aquel libraco. El viernes anterior la profe Aguilera lo había puesto como lectura obligada para la semana de receso y ya con eso había saltado a la categoría de temas descartados en mi lista de planes de vacaciones. Cuando mamá había preguntado sobre mis tareas para estos días, mencioné lo que recordaba del título y ahora, como por encanto, ella lo tenía allí, levantado entre sus manos como el gran acontecimiento.

Como yo seguía con cara de explorador espacial en su primer encuentro cercano, mamá decidió despejarme el asunto. Abrió las primeras páginas con delicadeza, como si las hojas fueran de vidrio muy fino y se fueran a romper. Luego, leyó en su cabeza y sonrió como si recordara de pronto algo muy feliz, pero también muy lejano. Entonces recitó, como si se tratara de una poesía:

«Para ti, Ana María, esta historia que tiene mucho que ver con la nuestra. Te la dedico con todo el amor de mi corazón. Javi».

Mamá soltó un suspiro largo y cerró el libro de golpe. Por último, lo volvió a dejar sobre la mesa, estratégicamente ubicado para que yo lo viera desde cualquier esquina de la casa. Después siguió con los arreglos de la cocina, como si nada, como si no le importara mucho, pero disimulaba. Ni siquiera siguió con el tema cuando me sirvió los huevos revueltos y las tostadas. Pero haber oído los nombres de mamá y papá en ese tono suyo casi me había puesto los pelos de punta. No de miedo, sino de algo parecido. Sin duda, ahora que el destino así lo decidía —o

la profe Aguilera—, mamá estaba poniendo en mis manos un tesoro muy valioso para ella. Eso lo entendía.

En todo caso, al principio no me atreví a tocarlo. Sentía que hacerlo era como aceptar una responsabilidad que todavía no era mía. A media tarde, cuando mamá andaba con la limpieza de los cuartos, pasé junto a la mesa rumbo al televisor, tratando de ignorarlo, pero de pronto sentí su mirada sin ojos clavada como dardo en mi espalda.

Entonces, no sé por qué, tuve una intuición: si lo perdía de vista, seguramente aquel libro «tan especial» para mamá podía convertirse en una verdadera maldición para mí.

¡Si solo hubiera imaginado lo que iba a suceder!

Lo que más odio

LEER, ODI O LEER. Creo que siempre he tenido ese problema, si es que se puede considerar un problema. Haciendo memoria, creo que el asunto empezó con la profesora Angélica, de Primero A, cuando yo tenía como seis años. Ella en verdad nada tenía de angelical porque desde un principio me pareció que era el mismo demonio.

Desde el primer día de mi llegada al colegio empezó a llamarme Acevedo o, a veces, Acevedito, siempre apretando los dientes. Nunca mencionó mi primer nombre. Además, bastaba con mirarle un segundo a los ojos para que sus llamas hicieran ceniza cualquier entusiasmo que pudiera tener esa mañana.

Claro que con los papás la profe Angélica era otra cosa. En la entrega de notas, por ejemplo, sus ojos se llenaban de una luz clarísima, como de agua embotellada, y toda su cara se transformaba en una gran sonrisa de dientes brillantes. Su voz debía de sonar muy suavcita porque todos los padres salían contentos, como si acabaran de escuchar un concierto. Así fuese de ceros y unos.

Por alguna razón que no lograba entender, la profe Angélica —o Demónica, como había resuelto llamarla sin decírselo a nadie— suponía que a esas alturas de Primero todos debíamos saber leer de corrido, y entonces cada mañana nos inauguraba con una maratón de lectura que me ponía a sudar desde la noche anterior porque, por supuesto, yo era el primero en la lista.

Bastaba con que la profe me indicara el número de la página que debía leer para que al instante se me hiciera un nudo en el estómago y otro en la garganta, o mis ojos volaran siguiendo un pájaro tras la ventana, o simplemente para que los números y las letras empezaran a bailar en mi cabeza y me sintiera perdido como un insecto entre las hojas de papel. Entonces quedaba petrificado y mudo bajo la mirada fulminante de la profe. Y así sucedía todos los días, como una gran tortura que parecía no tener fin.

De modo que al terminar el año permaneció la duda de si, al fin de cuentas, sabía leer o no. Pero como en medio de los abrazos y las despedidas de cierre del año la profe decidió a última hora ponerme un tres general como promedio, claro, con la recomendación de que «a este niño habrá que reforzarle un poquito la lectura, pero de resto va bien», pues todo quedó atrás, y con los planes de vacaciones el colegio volvió a ser asunto de marcianos.

Al menos por esas vacaciones, pasé de agache.

Pero en Segundo y en Tercero las cosas no cambiaron mucho. Se juntó que mis dientes delanteros estaban muy separados y cuando debía leer en voz alta, en frente de todos, pese a mis esfuerzos más bien terminaba silbando, lo que provocó incluso que me pusieran el apodo que todavía llevo, Lorito (por Lorenzo, claro, pero sobre todo por silbar); y además, en Tercero me empezaron a fastidiar con los libros gordos sin dibujos ni espacios en blanco, que se parecían bastante a esos tomos para abogados que papá tiene en las repisas del pasillo junto al

escritorio, solo hojas y hojas llenas de palabras y palabras en letras microscópicas. No sé cómo sobreviví, pero todo aquello estuvo a punto de ocasionarme un colapso general.

Pero yo creo que el problema real, el que de verdad me afecta, es que a mí lo que me gusta es dibujar. Dibujo naves espaciales y astronautas, pero cada vez es más complicado hacerlo porque a los profesores no les gusta que uno pinte mucho. Y menos si es en el borde de los cuadernos, o en las hojas de atrás, o con esferos imborrables.

Hace poco hice una historia en mi cuaderno de Sociales. El comandante L4A era el protagonista. Su nombre es una clave que viene de Lorenzo, Cuarto A. En las escenas iniciales L4A recibe la misión especial de proteger el planeta de cualquier amenaza extraterrestre, en particular de los ataques de los habitantes del planeta Zero Uno. No sé por qué atacaban, pero cuando le mostré los dibujos al gordo Migue, mi mejor super amigo, dijo que era buena idea y entonces dibujé al rey de los Zerounos con cabeza de megatrón y cuernos de toro.

El comandante L4A es un ganador, es de esa clase de tipos que tiene la costumbre de sobrevivir a cualquier problema, todo le sale de pelos, no como a mí, que incluso teniendo buena estrella, como dice mamá, las cosas suelen salirme bastante mal, de perros.

Por eso la presencia de aquel libro, justo comenzando la semana de receso, aunque era tan especial para mamá, para mí era una completa amenaza, era la amenaza de una invasión alienígena sobre el planeta del valiente comandante L4A.

En busca de un método

POR SI ACASO, durante un buen rato traté de no quitarle los ojos de encima a aquel objeto para leer que mamá había puesto sobre la mesa. Yo lo miraba, pero de lejos: parecía que el libraco quería bostezar de puro aburrimiento, lo juro. O mejor, era como una bomba que, en un descuido, los extraterrestres habían plantado para deshacerse del comandante L4A y que en cualquier momento podía explotar. ¡Una bomba!

Era de no creer: aunque no escuchaba el tic-tac del detonador en cuenta regresiva, desde el primer instante en que vi la cosa aquella sentí que el tiempo había empezado a correr en mi contra: **tic-tac, tic-tac**, y que algo dentro de ella me empujaba a enfrentarme a una especie de batalla silenciosa y secreta. Por lo pronto, había que andar con precauciones, el artefacto aquel podría emitir vibraciones pulverizadoras.

Tic-tac,tic (ahora sí lo escuchaba) **tac,tic-tac...**

¡Riiiiinnnnng!

«Tranquilo comandante, nada va a explotar». Lo que sonaba ahora era el timbre del teléfono.

—¡Lorenzo, contesta, por favor! —mamá iba en camino hacia la sala, llevaba en la mano una película en CD. ¿A ver, cómo se llama la película?

¡Riiiiiiiiinnnnng!

—¡Lorenzo, el teléfono!

Mamá es aburridísima los domingos. No le gusta hacer nada, nunca está de humor. Se la pasa horas y horas en la mesa del comedor

contando sus frascos de polvos misteriosos y chuleando los precios en una lista. Nada más.

—Rrrrruuuuuuuuuu, Lorito, ¿quiere cacaoooo?

Era el pesado de Migue. Dos cuadras más allá de mi casa, un puesto atrás en el salón, medio año mayor, gordo, pecoso, sudoroso, peliamarillo, en fin, detestable: mi amigo desde Segundo.

—¿Quiere cacaoooo, Lorito? —repetía el gordo al teléfono.

—Cuelgo, gracioso —le advierto.

—¡No, espera!

—Habla de una vez.

—¡Carrera de gatos, Lorito!

Las carreras de gatos son un invento de Migue y de Fico: sueltan su perro —que se llama Sultán— en el jardín de las mellizas, que son unas niñas muy extrañas que nunca salen a jugar. Las mellizas tienen tres gatos, uno amarillo, uno negro y uno gris, que se la pasan rondando de noche por todo el vecindario y que de día se enroscan a dormir entre las matas de su jardín.

—A qué horas.

—¡Ya!

Miré el libraco sobre la mesa. Quieto, esperando. El libraco también me miró.

—Mamá, ¿puedo salir? —pregunté.

—¿Salir? Hay un libro que leeerrrrr —cantó mamá, haciéndose la humorista.

«Lorenzo, piensa rápido». No era que me apasionara la invitación de Migue, el gordo es monotemático y siempre quiere hacer las mismas cosas, pero salir es salir. «Piensa, piensa. ¡Ya lo tengo: me llevo el libro y listo!».

—Mamá, me llevo el libro, así empiezo en cualquier momento.

Sin pensarlo más, salté hasta la mesa, tomé el libro sin mirarlo y lo metí en el bolsillo trasero de mi pantalón. Tenía el tamaño perfecto de mi bolsillo, sobresalía apenas unos centímetros por encima de la costura. Mamá me observó un poco sorprendida. Luego me señaló con su dedo directo a los ojos.

—Una hora, nada más.

—Gracias, má, en una hora regreso.

Entonces prendí motores y arranqué como bólido intergaláctico hacia la calle, ¡a volar, señores!

Migue y Fico estaban subidos en la barda del jardín de las mellizas. Sultán, que es un terrier negro y de orejas puntudas, se movía por el filo del muro, ansioso y con la lengua afuera, babeando por todos lados. Cuando me trepé, Migue reparó en mi bolsillo.

—Rrrruuuuuuuuu, ¿qué traes allí, Lorito?

—Nada, cállate, gordo.

—¡Es un libro! —exclamó Migue, señalándoselo a su hermano. Fico siguió como si no lo oyera, sin darle importancia.

—¡Es *el* libro! —insistió el gordo, con una risa malévola.

En ese segundo comprendí que Migue ya conocía *el* libro. Apenas el

viernes lo puso la profe Aguilera en la clase de Lenguaje para la semana de receso (o como una venganza por la semana de receso), pero el gordo Miguel Naranjo ya lo conocía. Lo miré con enfado, sintiendo una especie de traición de su parte.

—Es bueno —dijo Migue, borrando la sonrisa.

«No es posible», me dije, no es posible que este gordo pecoso y metido ya haya leído el libro. Pero me pudo la curiosidad, comprobar la traición de mi «amigo»:

—¿Ya lo leíste? —pregunté con enfado.

—¿Qué cosa? —preguntó a su vez Migue, buscando con la mirada los gatos de las mellizas entre los arbustos.

—El libro, tonto —dije enfurruñado.

—¡Claro, Lorito! ¡Está refácil! —Migue seguía atento a los arbustos del jardín.

—No te creo.

—¿Qué cosa?

Me fastidiaba el desinterés del gordo, era como para estrangularlo:

—¡No te creo que hayas leído el libro, eres un mentiroso! —exclamé.

Migue y su hermano Fico se voltearon a mirarme al tiempo. Me pasé, creo. Yo los miré con cara de piedra y ojos fulminantes, desintegradores.

—Bueno —dijo Migue—, lo hice a mi manera.

Sabía que el gordo no era mejor que yo, que su cerebro marchaba en desorden y que su manera de leer debía de ser una porquería.

—¿A tu manera?

—Sí, a saltos. Leo una página cada tres y me imagino la historia. Es refácil.

Mientras explicaba su método, Migue examinaba mi reacción. Yo estaba asombrado. Después de todo, sin duda también el gordo era mejor que yo. «De manera que así se puede», pensé entonces, «¿por qué nunca se me había ocurrido?».

En ese momento, una llamarada felina saltó detrás de un matorral de begonias, era el gato amarillo. ¡Zas!

—¡A ellos, Sultán! —gritaron en coro Migue y su hermano, dando saltos en el filo del muro. Sultán se arrojó sobre las begonias y al instante se desató allí abajo una algarabía de ladridos y maullidos.

«De manera que así se puede», seguía pensando yo con cara de astronauta fuera de la nave, el comandante L4A flotando entre estrellas azules y amarillas. Un peso se me iba de encima. El tic-tac que escuchaba al fondo de mi cabeza se hacía lento.

T I C - T A C . . .

Me di la vuelta como hipnotizado, dispuesto a descender del muro, pero al tiempo sentí que el libro resbalaba de mi bolsillo trasero y salía arrojado como un proyectil hacia las plantas, allí donde había un remolino de pelos, dientes y hojas verdes que saltaban destrozadas.

No lo podía creer: como por un hechizo, el famoso librito había salido disparado de mi pantalón como si quisiera escapar por su cuenta. El hechizo tenía nombre propio, Fico. Al hermano de Migue no se le ocurrió otra cosa que arrojarle al gato amarillo lo primero que alcanzó su

mano de esqueleto: el libro que salía de mi bolsillo. ¡Plas! Entre las begonias y la pared del muro. De no creer. A lo mejor era como una venganza de Fico por haber tratado a su hermano de mentiroso. Si yo fuera tan grande como Fico o como el comandante L4A, lo habría empujado para que se fuera de narices allá abajo a recobrar aquel tesoro de mamá. Mi libro. Pero su mirada retadora y su sonrisa de medio lado me indicaban a las claras que siquiera pensarlo era un completo error.

Migue y Fico se partieron de la risa, los idiotas.

Yo no sabía si saltar hasta allí y exponerme a que la mamá de las mellizas saliera de la casa y me agarrara de una oreja, o esperar a que fatalmente el destino cumpliera su parte. Creo que me resigné a que, por culpa de Fico, entre aquellas bestias destrozaran el libraco. «Lo devoró una bestia, má, lo juro», le diría a mamá; «¿sí, eh?, cuéntame otra de vaqueros, querido», diría ella con su tonito burlón, pensando que se trataba de una broma mía, ya lo imaginaba. En eso el gato amarillo escapó de un salto sobre el muro y Sultán se quedó allí abajo sin saber qué hacer, con toda la lengua afuera.

De pronto, se fijó en el libro y se acercó a olisquearlo. Presintiendo lo que iba a suceder le grité a Sultán:

—¡Alto, animal!

Pero ya era tarde, Sultán agarró el libro entre los dientes y lo sacudió con fuerza.

El libro voló sobre el muro y yo tras él.

Cuando lo rescaté de este lado observé que la cubierta plástica estaba

desgarrada por ambas caras y por el momento no quise pensar en qué iba a decirle a mamá sobre el daño a su pequeña joya. Tal vez se me enredó entre un matorral de espinas venenosas, pero conseguí salvarlo exponiendo mis propias manos a las heridas. Bueno, ya arreglaría la historia, ahora había otra cosa que me rondaba en la cabeza. Por lo pronto, lo limpié de babas y me lo eché al bolsillo de nuevo.

Atrás dejé a aquellos tres dementes montados sobre el muro, muertos de la risa y dando ladridos, respectivamente, y me largué a casa rezongando un maleficio que les alcanzara por varias generaciones.

Llegué una hora después del límite impuesto por mamá y subí directo a mi cuarto, a la carrera. Revolví en mi mesa de noche y encontré mi calculadora de pilas. Era tiempo de receso escolar, lo sabía, tenía toda la semana de descanso, lo sabía, pero a toda marcha bajé hasta el escritorio del pasillo donde papá amontona los trabajos de sus estudiantes y saqué apresuradamente una hoja de papel.

Desde la cocina mamá, que había visto mis correderas con el rabillo del ojo, no lo podía creer, para ella todos mis movimientos resultaban «francamente sospechosos».

Volví a mi cuarto e hice algunos cálculos. Si esta cosa tiene, digamos, cien páginas, y si aplico el sistema que bautizaré «Método de lectura de los super amigos», es decir, si solo leo una de cada tres páginas, al final únicamente leeré... a ver, ¿una división? Sí, una división, genio. Cien divbssrrrr en trrsss son, bssrrr bajddsssstrsss y luegrrrsszzzrrr son entonces, aproximammmmmmm...

Observé el resultado. No puede ser. Veamos otra vez... Sí, 33,3, o 33 más o menos, o lo que era igual a decir: demasiadas páginas todavía.

¿Y si es cada cuatro páginas? A ver, aplicando el método mejorado serían, cien divbssrrr entre cuatrrssss son bssrrr...

Veinticinco. ¡Nada mal! Pero ¿y la historia? Bueno, eso había que verlo después, quizás no era tan importante. Un rollo parecido a esos de la tele, pero más lento, sin mucho movimiento y muchas palabras, muy aburrido.

Pero eso será mañana. Aún queda mucho tiempo por delante. Ahora un videojuego, la versión reciente de *Crash GALAXY* que me había regalado tía Marga, con sus quince niveles, los créditos por puntajes, el código de ingreso al *website* y el entorno extra para diseñar el avatar, y luego a dormir.

Tranquilo.

«Tranquilo porque es como si ya hubiera leído unas cuatro páginas», pensé antes de encender la videoconsola.

Una revelación

MEDIA MAÑANA, SOLO en casa, empieza la semana. Esto es la felicidad.

El libraco había pasado la noche en el bolsillo del pantalón y solo más tarde, cuando por indicación de mamá decidí cambiarme la pijama de *Power Ranger*, es que lo encontré de nuevo allí.

Claro que antes había encendido la televisión, me había servido naranjada, un trozo de pan integral, un paquete de galletas Oreo, y luego me sumergí durante varias horas en historias animadas, tendido en la cama cuan largo soy.

Al mediodía llamó mamá.

Mamá se pasa todo el día visitando las tiendas de sus clientes para dejarles sus productos naturales. Ella primero los compra al por mayor en una bodega de San Rafael y luego los distribuye a mejor precio. Es como hacerles un favor, pero cobrando.

—¿Te lavaste los dientes, hijo?

—Sí, mamá.

—¿Comiste algo ya?

—Yes, má.

—¿Ha llamado alguien más?

—Nou, má.

—¿Ya empezaste el libro?

Claro, todas las preguntas iban hacia allá: el libro. Tal parece que mamá intentaba conseguir que el librito aquel tuviera tanta importancia

para mí como para ella.

Sobre este asunto papá era completamente neutral. La noche anterior cenó frente al noticiero y no preguntó nada. Hoy tampoco ha llamado y no va a llamar. Solo lo veré hasta la noche. Papá es abogado, pero dice que no le gusta pelear con nadie y por eso se dedica a dar sus clases en la Piloto. Claro que eso lo viene haciendo desde hace apenas un año. Antes llevaba procesos, pero se cansó. Dar clases es mejor. Aunque sus estudiantes no lean mucho y escriban muy mal, según dice.

—¿Ya empezaste el libro, Lorenzo? —repitió mamá, fastidiando a propósito, eso era cada vez más evidente.

—¿El libro? ¡Claro, má!, ahora mismo voy a empezar.

—¿Empezar? Acaso ayer no...

—La página cinco... a empezar la página cinco.

«Para mentir eres rápido, Lorenzo, no hay duda», pensé. Si fuera igual de veloz para leer, en verdad estaría sobrado.

—Cámbiate el pijama, Lorenzo. No es hora de estar haraganeando.

—Sí, má, de inmediato.

—Y sigue con ese libro, sabes que es para el lunes.

—Claro, má (ni me lo recuerdes).

Y allí estaba el detestable libro en el bolsillo del pantalón, con su mirada sin ojos, aguardando con la cubierta plástica desgarrada por ambas caras. Para no perderlo de vista lo puse sobre la cama. Si se trataba de una amenaza extraterrestre era mejor tenerla bajo vigilancia.

Continué viendo la tele, con los ojos muy abiertos. El aparato

maravilloso seguía con las historias sin parar, sin esperarme, pero pronto me puse al día con lo que pasaba.

Ese capítulo me encantaba.

De repente, creí escuchar otra vez el tic-tac. Me parecía sentirlo sobre la colcha tibia, lento, pero firme, como si tuviera un corazón por dentro:

tic-tac, tic-tac, tic...

Toc-toc.

¡¡Toc-toc!!

Di un brinco. «Tranquilo», me dije, «la puerta». A esta hora, empezando la tarde. Raro.

Asomé la cabeza por la ventana y allí estaba mi primo Fredo. Larguirucho, pelo revuelto, dientes torcidos, granos. Desde que trabaja usa una corbata gruesa y sucia de color amarillo bajo un delantal que tal vez fue blanco. Fredo es mi primo preferido. Bueno, es mi único primo. Viene cada semana una o dos veces al menos. Mamá y tía Marga lo quieren mucho y por eso nos visita tanto. Yo creo que también lo quiero mucho, es casi como mi hermano.

—¡Hey, cabezotas, traigo hamburguesas! —gritó desde la acera.

Hoy Fredo había tenido el turno de la mañana y seguramente por pedido de mamá se había aparecido con una bolsa de hamburguesas calientes y dos gaseosas. Al entrar, descargó en el piso el morral que traía a las espaldas y puso sobre la cama la bolsa con la comida y las bebidas, justo encima del libro fatal.

Mientras mirábamos la tele, el olor de las hamburguesas calientes se

levantó desde la cama. Por puro instinto busqué el origen del olor y descubrí el libro bajo la bolsa de comida que había traído mi primo. Quise creer que se retorció como un gusano bajo el rayo del sol a través de una lupa, desintegrándose.

Por un segundo pensé que el libraco se merecía esa suerte y que si se pudiera deshacer del todo allí debajo no habría sido mi culpa, yo no habría tenido velas en ese entierro, como dice mamá. «Fue culpa de Fredo, má, el torpe odia los libros y esa fue una venganza de su parte». «Es una verdadera lástima que mi libro se haya desaparecido así, pero no trates de esa manera a tu primo, Lore, no es correcto». «Lo siento, má, pero fue su venganza, lo juro». Pero tal vez de pensar en la cara incrédula de mamá y en su gesto de naranja agria, reaccioné.

—¡Oye! ¡Quita eso de ahí, Fredo!

Mi primo me miró extrañado y sonrió con los dientes torcidos, sin comprender, o haciéndose el que no comprendía.

—Hay un libro ahí debajo, torpe —le dije.

—¿Un libro? —sin recoger la bolsa, Fredo miró de lado para cerciorarse.

—Sí, un libro, cegatón.

—Ah, no importa —dijo Fredo pasando a mirar la tele—. Para eso sirven los libros, para apoyar cosas —añadió.

—Pero este me toca leerlo esta semana —repliqué.

Fredo no apartaba los ojos del aparato. Se pasó la lengua por los dientes y preguntó como al aire.

—¿Y, ya empezaste?

—Sí, no, bueno, ya casi —respondí con los ojos también en la pantalla.

—¿Ya casi, enano?

—Empiezo esta noche —aseguré con convicción. Como mi primo no se movía, de un salto me acerqué a la bolsa de comida y rescaté el libro. Estaba calentico. Lo tiré a un lado.

Con curiosidad, Fredo tomó el libro de la cama y lo examinó por encima, con ojo experto, como si tratara de explicar cómo fue que apachurraron a ese insecto. La cubierta plástica tenía ahora una enorme mancha grasosa. Fredo metió uno de sus dedos amarillos en el plástico desgarrado por los dientes de Sultán y tiró hacia abajo sin ninguna consideración. Yo me quedé congelado por completo, ya no sabía cómo iba a explicarle este «accidente» a mamá. Cuando mi primo terminó de romper la cubierta, sentí que se liberaba de allí una especie de alimaña indefinible. Fredo arrugó el plástico roto y lo echó a un lado. Luego miró el libro por delante y por detrás.

—Esto debe estar en Internet —dijo de pronto, pasándose otra vez la lengua por los dientes torcidos.

—¿En Internet? —pregunté saliendo de mi hibernación.

—Claro, resumido y analizado, seguro.

—¿Resumido y... estás seguro?

—Sí, seguro. Todos los libros están en Internet. Resumidos y...

—No puede ser.

Fredo me miró como si yo fuera un estúpido. Para comprobármelo, fue hasta donde había dejado su mochila y sacó de ella un computador portátil. Lo abrió y lo encendió con calma, sin despegar los ojos de la tele.

Yo tenía la boca abierta, grandota. «Cómo no se me había ocurrido antes», pensaba. «Claro, en Internet debe estar. ¡Qué salvada!». Me asomé sobre el hombro de mi primo, que se había sentado en la cama. La pantalla resplandecía de magia.

—A ver, dame el título —dijo Fredo mientras abría la bolsa y sacaba una hamburguesa humeante. Dio un mordisco y tecleó mientras mascaba.

—¿El título? —pregunté.

Fredo se volvió a mirarme, seguro de que yo sí era un poco estúpido. Por su boca desapareció un trozo de lechuga.

Claro, el título. Apenas recordaba algunas palabras. Espera. Tomo el libro. El maldito libro salta. El maldito libro tiene vida. El maldito libro cae al suelo, rebota, una vez, dos veces, cae a los pies de mi primo. Este lo recoge con lentitud, lo acerca a sus ojos y lee el título. Era como si mi primo se apropiara de algo que escondía el libro aquel en alguna parte. Fredo tecleó, mascó, tecleó. Yo miraba la pantalla, luego la cara de Fredo, luego la pantalla.

—*Enter* —dijo Fredo, oprimiendo la tecla con fuerza.

Allí venía, vía ondas geoestacionarias, la solución, la fórmula para sacar ese peso de encima que ya me empezaba a fastidiar. ¡Por fin! Ahora

la semana sería por completo libre, ¡libre! Con todas mis fuerzas agradecí la suerte de tener a mi primo Fredo en ese justo instante.

Mi primo clavó los ojos en la pantalla. Acercó su rostro a ella y se pasó la lengua por los dientes, escarbando. Luego leyó en voz baja y aprisa el listado, sin levantar la mirada. Su aliento era de cebollas y salsa de tomate.

—Probemos de nuevo —dijo Fredo, tecleando otra vez *enter*.

¿Probar? ¿De nuevo? ¿Pasó algo? ¿Hubo algún error? Bueno, es probable. «Tranquilo, Comando Central, todo está bien, probaremos nuevamente».

—Nada —dijo entonces Fredo. Y ese «nada» fue como un mazazo en la mitad de mi cara.

—¿Nada? —pregunté desconcertado.

—No, nada. No aparece.

—¿No aparece? ¿Y entonces? —el destino era adverso, señores, conspiraba en mi contra...

Tic-tac, tic-t...

—Probemos por autor —dijo Fredo, quien parecía experto en sistemas. Era mi salvador, al fin y al cabo, ¡cómo podía dudar de él!

Mi primo levantó de nuevo el libro y murmuró el nombre. El olor del encebollado de la hamburguesa llegó otra vez hasta mi nariz. Fredo tecleó, oprimió y dijo nuevamente: *enter*. Mientras aparecían los resultados, mi primo volteó a mirarme con calma de elefante.

—¿Vas a comer tu hamburguesa o no, pequeño bípedo? —preguntó.

—Luego —respondí impaciente por saber el resultado de la búsqueda. Pero mi primo repitió la pregunta como si no me hubiera escuchado, pero más lento.

—¿Vas a comer tu hamburguesa o no, pequeño bípedo?

Miré sus ojos fríos.

—Cómetela —le dije, y él puso otra vez los ojos en la pantalla.

Fredo escarbó en la bolsa y el cuarto se llenó por completo del olor. Mascaba con gusto sin dejar de observar la pantalla. Cuando apareció la lista de resultados, congeló la mandíbula.

—No, no hay mucho —dijo volviendo a mascar y repasando la lista con el dedo.

—¿No hay mucho? —pregunté, esto es imposible. Un doble mazazo—. Pero si...

—No, apenas un par de entradas, tres líneas, a ver, nació en bsrssss, bla bla, bla. No, del libro nada, nada. Fregados. Debe ser un autor poco conocido.

—¿Y... entonces? —lo dicho, el mundo entero conspiraba, señores, **tictactictactictac...**

—Entonces... pues nada, enanito. Que te toca leerlo.

—¿Leerlo? —me pareció que había preguntado una tontería. Mi primo me observó como a un insecto estrellándose contra el vidrio: sí, había preguntado una tontería que iba perfecto con mi cara de estúpido.

—Pero tranquilo, primo —exclamó Fredo y bebió un sorbo largo de gaseosa de la botella.

Yo estaba mudo. Ahora miraba cómo bajaba el líquido por el gaznate alargado de mi primo. Esperaba una revelación. Fredo se limpió la boca con la mano y continuó:

—Cuando a mí me tocaba leer uno de esos, yo aplicaba una fórmula súper, híper, mega increíble, mejor dicho, ultra eficaz.

Descubrí un brillo en el color verde cristal de sus ojos. Mi primo es un tipo de éxito, con diecisiete y ya trabaja en una hamburguesería, tiene su propio portátil y algunos billetes en el bolsillo, también tiene una colección de camisetas de la Selección Colombia y cuando hay partido se pone una debajo del uniforme de la hamburguesería, aunque no se le vea; por lo tanto, su método debía ser infalible.

—Fíjate bien —dijo Fredo y abrió el bendito libro.

Fue como si unos rayos gama se hubieran liberado de su interior, yo achiqué los ojos, me dolían de mirar por dentro esa cosa malévola. Mi primo señaló sobre una página haciendo una forma de cuadro con su dedo, varias veces.

—Estos conjuntos de letras son los párrafos, ¿los ves?

Claro, sí se veían. Asentí con la cabeza.

—Al principio de cada uno de estos hay una frase, que es la que termina con un puntito. Así, ¿lo ves? La llaman la idea principal.

Claro. Sí lo veía. El dedo de mi primo tiene la punta redonda. Se chupó el dedo hasta los quince. Fredo prosiguió.

—Pues, si solo lees esa primera frase, pequeño enano, el resto es basura.

—¿El resto es basura?

—Sí señor, ni más ni menos. Basura.

Mi primo era un genio, verdaderamente. El genio agregó:

—Si lees solo el principio de cada párrafo, al final no habrás leído más que, digamos, unas diez páginas.

—¡Diez páginas!

—Y eso... —Fredo hizo un gesto en el aire indicando que exageraba.

Mis ojos estaban muy abiertos y tenía como una especie de sonrisa o algo así congelada en la cara. En mi cabeza centelleaba una operación: si de cada cuatro páginas (Método de lectura de los super amigos mejorado) solo leo la primera frase de cada párrafo (Método recién revelado por mi primo), serán, a ver, a ver..., ¡menos de diez páginas! Sí, menos de una hora de lectura.

Esto era verdaderamente un descubrimiento. Decidí llamarlo «Método combinado de lectura de mi primo genio». Mi primo merecía mucho más que mi gaseosa, que ahora también bebía, merecía un puño en el hombro: ¡Plas! Era mi manera de agradecerle, mi manera de estar a su altura.

Me arrojé sobre él y caímos en la cama, dándonos palmetas con las manos, esquivando, riendo.

Cuando mi primo Fredo el Magnífico se fue, quedó el aroma de las hamburguesas y un fresquito en el ambiente: ese libraco (bueno, el pequeño tesoro de mamá) era pan comido.

T I C - T A C ...

Como si se tratara de una alimaña muerta e inofensiva, tomé el librito con dos dedos y lo puse sobre la tele. El comandante L4A podía reportar que ahora se encontraba fuera de peligro de cualquier amenaza alienígena. En la tele pasaba un buen programa, de mis preferidos.

Cuando llegó mamá estaba tendido en la cama, con una sonrisa de oreja a oreja, la imagen perfecta de un hombre seguro de su buena estrella.

—¿Y el libro, Lore?

—Bien, má, en la página diez.

Que lo lea otro

ENTRE SUEÑOS, oí la voz de Isa, mi vecina insoportable, que sonaba en el contestador, una voz como de ratoncita chillona.

—...A las diez, por tu casa, chao. —Fue lo último que alcancé a entender.

—¡Isa, no! —dije al aire, pero era inútil. Isa ya debía estar acercándose a mi puerta. ¡Auxilio!

Isa es lista... no, es tonta, bueno... usa gafas de aro rojo. A veces se sonroja cuando digo palabrotas, pero eso es normal. Mis palabrotas son para sonrojarse.

Ella es un fastidio verdadero porque en el parque, y en el recreo y en la calle, cuando me ve, se me queda mirando todo el tiempo. También es mi vecina desde que tengo memoria. Estudié con ella hasta Segundo, y también fue en ese año que de verdad me di cuenta de su existencia, porque era la única niña que olía a mango azucarado y no dejaba de mirarme nunca.

Isa solo estuvo hasta ese año en el colegio. Luego la pasaron a uno bilingüe. Pero desde entonces parecía que la encontraba más seguido porque siempre me esperaba en la puerta de su casa para verme pasar cuando llegaba del colegio. O cuando salía a montar cicla con Migue. Pero lo peor sucedía cuando Isa venía de visita a casa con su mamá, la señora Mary.

De pronto, estaba solo en el cuarto, repasando mi colección de

hotwheels, cuando por la puerta asomaba la carita de Isa con sus enormes aros rojos. Entonces empezaba su sarta de preguntas:

—¿Cuántos carritos tienes? ¿Todos son tuyos? ¿Te los regalaron o los compraste? Debes tener como cien, ¿son más de cien? ¿Tienes más rojos o azules? ¿Puedo jugar contigo, Lorenzo?

Y yo aplicándole la ley de hielo, como si no estuviera allí, un mosquito zumbando fuera de la ventana. Era una de las maneras de fastidiarla, yo seguía ignorándola, pero ella no entendía y continuaba allí parada en la puerta hasta cuando su mamá la llamaba para que regresaran a casa. Insoportable. Las últimas veces, cada vez que sabía que vendrían a visitarnos, yo trataba de cuadrar una salida a jugar con Migue, que siempre estaba disponible. Para eso sirven los mejores superamigos.

Después de que salió del colegio, Isa cogió la costumbre de hacerme llegar por diferentes vías papelitos de colores en los que escribía algo que las niñas llaman «pensamientos», unas frases cursis que sacaba de algún librito de esos para ser mejor persona. Escribía las palabras con tinta escarchada y adornaba los papelitos con flores delineadas en marcadores luminosos. Los mensajes llegaban a mi cuarto o a mis cuernos dos o tres veces a la semana, de la manera más insospechada. Nunca lo he sabido bien, pero me parece que mamá tenía mucha complicidad en este asunto.

Había algo muy particular en estos papeles, a veces amarillos, a veces morados o rosados, o verdes o azules, y era que siempre, sin importar el color o el tipo de papel, traían impregnado el olor de mango azucarado.

A mí me gustaba olerlos en secreto, y a veces hubiese preferido que Isa me mandara los mangos para chupar las pepas hasta que quedaran amarillas claritas, sin hilachas y sin sabor. Pero desde hacía algunos meses no me habían vuelto a llegar y puedo decir que hasta los extrañaba, aunque casi nunca leía los «pensamientos» que traían. Claro que esto no lo sabe Isa, y nunca lo sabrá.

Y ahora Isa venía a las diez. ¡Y en mi reloj digital ultrafosforescente faltaban solo quince minutos! De un salto, fuera pijama. De otro salto, adentro bluyines y tenis. La camiseta de ayer. Listo. Cinco exactos.

Pero pasaron diez, veinte minutos. Más. No era posible. Miré el reloj, faltaban los mismos quince. «Menso», le dije a mi reloj.

Me desplomé en la cama. Una extraña vibración en el aire me recordaba algo, pero no sabía de qué se trataba. Algo pendiente.

Toc toc toc toc toc.

Diablos, sí, ya lo sabía: **tic-tac, tic-tac, tic...** el odioso libr...

Toc toc toc toc toc.

«Un momento», me dije, «es la puerta». Claro. El fastidio de Isa.

—¿Isa?

Nadie contestó del otro lado.

—¿Isa?

Tres segundos después:

—¿Lorenzo? —sonó la voccecita delgadísima de Isa.

Cuando abrí la puerta me llevé una sorpresa. Era la misma Isa, pero altísima, ahora era la Torre de Isa. Me di cuenta de que no la veía desde

hacía meses y supuse que como ahora era más grande que yo, se había vuelto más seria y por eso ya no me enviaba los papelitos de colores.

Y ahora que me tenía al frente, ella solo miraba al piso, como desde lo alto de su torre, la muy tonta.

—Mamá te manda esto —dijo y pasó a mi mano una bolsa plástica con algo caliente dentro, algo para el almuerzo. Me daba cuenta de que mamá había puesto a marchar sus influencias por todas partes para no descuidarme.

—Gracias —dije.

—De nada —respondió Isa.

Por unos segundos no nos movimos de la puerta.

Entonces busqué su mirada, por fastidiarla un poco, aunque ella fuera más grande. Isa quería mirar para otro lado. Cuando levantó la mirada sus ojos se encontraron con los míos y rápidamente los desvió sobre mi hombro, por debajo de mi orejota derecha. Por un milisegundo me pareció que, detrás de sus aros, Isa tenía unos ojos muy bonitos, aunque no puedo decir por qué.

Fue entonces cuando vio el libro, varios metros más allá, quieto e inocente sobre la mesa del comedor. La noche anterior lo había puesto allí a la hora de la cena para que mamá pensara que de verdad avanzaba en su lectura. Parte de mi estrategia de sobrevivencia.

Me di cuenta de que Isa lo había visto porque su rostro se iluminó por completo. En cambio, el mío se ensombreció.

—Bueeeeh, adiooooos —dije, empezando a cerrar la puerta—, gracias

otra vez. Tengo cosas muy importantes que hacer.

—¿Estás leyendo un libro? —preguntó rápidamente Isa con su voz chillona, la misma que recordaba de hacía meses, eso no había cambiado en ella.

Sus palabras me dejaron tieso. Esta Isa es telepática, será tonta, pero es telepática, es una torre de retransmisión telepática transoceánica, sus poderes mentales deben ser más fuertes que los míos, que los del comandante L4A.

—Estoy leyendo un libro, sí. Bueno, adiós.

—¿Y qué libro es? —exclamó Isa con su vocecita llena de entusiasmo.

«Lárgate ya, Isa, que en verdad debo leer», le dije mentalmente. Se lo iba a decir con palabras, pero Isa pasó junto a mí directo hacia el libro, como una ráfaga. Su olor de mango azucarado iba detrás de ella.

—¿Puedo verlo?

No entendía tanto interés. Seguí a Isa hasta el comedor y observé cómo ella observaba a su vez ese objeto odioso y rectangular. Lo acariciaba, abría sus páginas, clavaba sus ojos en aquellas líneas salpicadas de negro.

—¿Me dejarías leerlo? —preguntó ella sin parpadear.

No podía creer lo que oía, así como para mamá, para Isa aquel objeto parecía tener alguna clase de embrujo que yo no entendía. Me hice el difícil y le dije:

—Cuando acabe, quizás. —Si fuera tan veloz para leer como lo soy

para disimular, ya lo habría acabado.

—¿En qué página vas? —insistió Isa.

—En la veinte —dije, sin dudarle un segundo.

—Bueno... pues te falta...

Mientras Isa buscaba la página veinte, se me acababa de ocurrir algo descabellado, una idea extragenial.

—¿Escucha, Isa, te gustaría leerlo... leerlo pronto? —le pregunté nervioso. Isa me miró con extrañeza.

—Claro, cuando acabes.

—No, antes..., si quieres leerlo yo no tengo problema en esperar —repliqué, tratando de controlar mi ansiedad.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Es más, si lo lees pronto, vienes y lo discutimos juntos.

—¿En serio?

—En serísimo.

«Soy un verdadero genio, ¿a que sí?». Sabía que tenía una sonrisa congelada en mi cara como la de un muñeco de plástico, un poco maliciosa, la verdad.

Detrás de sus aros, los ojos de Isa estaban a punto de salirse de la alegría. En verdad no entendía la razón, pero me daba cuenta de que ella ahora parecía como hipnotizada.

Pensé que tal vez estaba engañando a la pobre Isa, pero era solo un poco. Aunque eso no importaba tanto porque todo estaba saliendo bien:

ella leía el libro y quedaba contenta. Yo me enteraría de qué demonios trataba el libro y estaría más que contento. El lunes, en el cole, cuando repitiera todo en el control de lectura, la profe Aguilera también se pondría recontenta, y nada podía estar más súper ¡УААА! A este método lo llamaría «El método de lectura de Lore-Isa».

Para asegurarme de mi fortuna —tipo de malas, pero con buena estrella—, clavé mis ojos en los ojos hipnotizados de Isa y le dije con seriedad de película, señalándole con mi índice:

—Isa, no me falles.

La niña apretó el libro contra su pecho y parpadeó por fin. Ahora su expresión era de intriga. Luego respondió en el mismo tono, pero cómplice:

—Nunca te fallaré, Lorenzo.

Esto había salido de maravilla. La vida me sonreía.

Cuando mi vecina se fue con el libro entre sus manos, saqué el empaquetado de pollo caliente que estaba en la bolsa plástica.

Luego me instalé frente a la televisión, llenándome la boca con ganas. En el aire, bajo mis narices, luchaban el olor del pollo caliente y un aroma de mango maduro y dulce.

TIC - TAC, TIC - TAC, TIC - TAC...

Sí, y el tic-tac se alejaba.

—Casi voy por la mitad —le respondí más tarde a mamá cuando, al llegar, ella preguntó por mis avances.

Todo marchaba de pelos. El comandante L4A viaja a sus anchas en su

nave intergaláctica por los espacios ilímites.

Soy genial.

Tranquilos, no pasa nada

LA MAÑANA ERA tibia y relajada. Sobre las once me levanté de la cama con un bostezo de dinosaurio. Fui hasta la nevera y me serví naranjada, cargué algunas lonjas de pan y me las metí todas juntas a la boca.

Alrededor, en las inmediaciones, se respiraba una calma especial, despejada, sin peligro a la vista. No había tic-tac, ni visitas molestas.

Las dos horas siguientes decidí entonces dedicarlas a superar el nivel once de *Crash GALAXY*. Creía que ya tenía bien memorizado el recorrido para esquivar los barriles de pólvora y recoger los diamantes que recargan las vidas y las gemas doradas que dan puntos. Un avatar me esperaba.

En la consola apenas parpadeaban los LED cuando tocaron a la puerta.

¡«Súper»!, me dije, ¡mi vecinita es una lectora hiper mega veloz!

Abrí la puerta de un sopetón y el mundo se congeló, pero solo un segundo.

No eran los aros rojos de Isa ni su vocecita de ratona chillona.

Señoras y señores: se trataba de mi tía Margarita.

La cara de mi tía Marga es como la de un árbol seco, sin risa, y tenía el mismo traje gris con hebillas en los hombros de la última vez. Ella es muy flaca y alta. Y es mi tía preferida.

—Te alistás y nos vamos, jovencito —dijo ella, para saludar.

Tía Marga es la hermana mayor de mamá.

No tiene esposo ni hijos. Es dueña de varios apartamentos en el barrio La Soledad y recibe dinero de sus rentas. Mamá cuenta que desde pequeña, tía Marga era muy seria y que alguna vez tuvo un novio que la dejó para irse a España a estudiar Cocina, o algo así, pero que nunca regresó. Yo no me puedo imaginar a mi tía Marga con un novio. El lugar en donde vivimos es de ella, pero no nos cobra renta mientras paguemos cumplidamente los servicios. Cuando mamá despegue del todo con su negocio de ventas la cosa va a cambiar, pero tal vez no. Creo que con papá no se llevan del todo bien, pero él no dice nada y prefiere no estar por ahí presente cuando tía Marga nos visita. Ella viene una vez por semana y a mí me encanta salir a pasear con ella. Tanto a mí como a mi primo Fredo siempre nos llama «jovencitos», siempre.

Tía Marga parece ruda, pero en verdad es un algodón de azúcar.

Si, por ejemplo, luego de almorzar en un restaurante digo: «Helado», ella de inmediato levanta las cejas y repite como escandalizada: «¿Helado?». A lo que arrugo la nariz y le miro con ojos pequeñitos, de bebé. «¡Dios», exclama ella entonces, «se te van a congelar las tripas!», pero inmediatamente ordena en el mostrador: «¡Helado para este jovencito!».

Tomamos un taxi y nos dirigimos al centro comercial. A mí me gusta ir allí porque me siento como recorriendo los pasillos iluminados de una nave nodriza. Hay incluso palmeras artificiales y jardines interiores que son como las muestras de naturaleza que lleva la nave para que a sus pasajeros no se les olvide de dónde vienen. Es como si ese día el comandante L4A estuviera de descanso antes de una misión que todavía

no conoce. Y por eso pasea por los pasillos mirando todo sin rumbo claro, despreocupado y feliz.

En el centro de comidas devoré un trozo de *pizza* con gaseosa y al final dije «helado». De inmediato, tía Marga repitió: «¿Helado?». A lo que arrugué la nariz y luego... en fin, ya saben, todo bajo control.

Para distraernos un poco caminamos entre las vitrinas de los almacenes sin entrar en ninguno. De golpe, me detuve frente a una en donde unas zapatillas de líneas fosforescentes daban vueltas sobre una pequeña rotonda. Eran unas zapatillas megatrónicas con suela resortada y cámara de vacío, especiales para contrarrestar los efectos gravitacionales de la atmósfera, se los juro, las apropiadas para el comandante L4A.

Miré a tía Marga, que parecía escandalizada, la miré con la nariz arrugada y los ojos pequeñitos...

—¡Se te van a torcer los pies! —exclamó mi tía dentro del almacén. Luego, con aire de señora dueña del negocio, ella ordenó a una dependiente que le trajera las zapatillas a su sobrino en una talla de número mayor.

Las zapatillas me quedaban súper. Un poco grandes, la verdad, pero súper, ¡se veían a kilómetros y sentía que, en efecto, mi cuerpo podía desprenderse del suelo en cualquier momento!

Estrenando mis megatrónicas, tomé de la mano a tía Marga mientras caminábamos por los pasillos del centro comercial. Su mano estaba tibia. Ella seguía muy seria, pero yo sabía que se estaba derritiendo, como un helado. Entonces atacé.

—Tía...

—¿Hummm?

—¿A ti te gusta leer?

Tía Marga lo pensó un poco, sin dejar de notar que viniendo de mí la pregunta resultaba extraña. No podía negar que el libraco aquel se me estaba metiendo en la cabeza.

—Bueno, jovencito, ya no lo hago mucho.

—¿Ya no lo haces, tía?

—No, ya no lo hago, no.

—¿Y no te pasa nada?

—¿No me pasa nada? —tía Marga lo pensó bien—, pues, ¡nada me pasa, jovencito!

Me entusiasmé. Entonces, con que era posible pasársela sin leer, sin tener que seguir una tras otra esas manchitas negras apretadas como hormigas en cada línea, sin aburrirse mirando esas líneas amontonadas en cada hoja, sin pensar en el significado de cada palabreja ni concentrarse en cada cosa que dicen, tratando de entender todo ese vocabulario página tras página, hora tras hora... Esto es magnífico, en realidad, ¡el paraíso!

—¿Y qué haces cuando encuentras un libro, por ejemplo, y tienes qué leerlo?

—¿Un libro?

—¿Ajá?

—Bueno, pues solo con el título puedo imaginarme de qué se trata.

—¿Y entonces?

—Entonces, luego de pensar un poco, invento una historia que vaya con el título, y ya está.

—¡Ya está! —repetí sin poder evitar un pequeño grito.

Mi tía levantó otra vez las cejas, como escandalizada.

«Ya está, ya está», no dejaba de repetirme por el camino, como convenciéndome, aunque sentía en el fondo que mi tía algodón de azúcar había sido complaciente conmigo. «Mi tía es una persona mayor y sabe lo que dice», me argumentaba. Claro que mi tía debió leer muchos libros antes, pero ahora ya no, y sigue como si nada, nada le pasa por no leer, y es dueña de varios apartamentos y es feliz. «Ya está, ¡ya está!».

Cuando llegamos a casa, mamá nos estaba esperando con una taza de chocolate caliente.

Mamá y tía Marga se enrollaron en una conversación con risas.

Parecía que tía Marga estaba muy contenta.

Parecía que por esta noche mamá se había olvidado del libro.

Parecía que yo también. Además, acababa de descubrir que a lo mejor podía pasarme la vida entera sin leer. Por otra parte, si en cualquier caso *Isa Olor de Mango* me fallaba, ya podría aplicar el «Método de lectura tía Algodón». Mi Plan B. Es una lógica galáctica que cualquier comando espacial debe tener un plan B. Estaba más que asegurado, ahora sí, fuera de todo peligro.

¡Perdido!

TIC TAC TIC TAC TICTACTICT...!

¡Huye, Lorenzo, huye! ¡Huye!

Di un brinco en la cama y abrí los ojos.

¡Había sido una extraña pesadilla! Un enorme libro me perseguía por las calles de una ciudad en miniatura, y cuando estaba a punto de aplastarme con su lomo gigantesco conseguí despertar. ¡Qué salvada!

Para comprobar que todo era un sueño busqué el libro con la mirada, alrededor. Busqué y busqué. ¿Era un sueño?

Entre nubes recordé los aros rojos de Isa, mi vecina.

¡Claro!

¡Fiuuuuuu! Me dejé caer nuevamente sobre la almohada.

«Tranquilo, todo bajo control», me dije, «Isa no nos va a fallar».

Sin embargo, para asegurarme del todo fui hasta el teléfono, busqué en la libreta de mamá el número de la casa de Isa y marqué varias veces. Tu, tu tu, tu... señal de que la mamá de Isa andaba prendida al aparato con sus ventas desde casa y supuse que allí la vida continuaba su curso normal. «Calma, Central, no hay motivo de alarma».

Volví a la cama, esponjado de paz. Puse mi oído detector supersensible hacia arriba y traté de escuchar: alrededor todo estaba en silencio. Relax completo. Debían ser las nueve, o las diez, o las once.

Entonces sonó.

¡Riiiiiiiiinnnnnnng!

Toc toc toc.

¿Qué sonaba?

¡RiiTioiiciitnnonncntnnongc!

¡Esto era demasiado! ¿Es que no saben que estamos en receso?

Abrir la puerta o contestar el teléfono. Contestar el teléfono o abrir la puerta.

Decidí contestar primero el teléfono, quien estuviera en la puerta volvería a insistir. O que se largara.

—Rrrrruuaaaaa, Lorito, ¿ya se levantó?

El gordo Miguel, claro.

—Gracioso, habla rápido que estoy ocupado.

—¡Ring-ring corre-corre, Lorito!

Ring-ring corre-corre, al mediodía. Es la mejor hora para importunar a los vecinos tocando sus timbres y dejándoles con nadie en la puerta.

Toc toc toc.

La puerta.

—¿A qué horas, gordo?

—¡Ya, Lorito! ¡Es la mejor hora!

Toc toc toc.

La puerta, diablos.

—Espera un segundo.

Dejé el auricular en la mesa y fui hasta la puerta. Al abrir descubrí los aros... verdes... ¡de la madre de Isa!

Mal presagio.

—¿Sí, señora?

—¡Lorenzo, niño, cómo estás de grande!

—Gracias, señora Isa.

—Mary, Lorenzo, señora Mary.

—Isa...

—Isabelita ahora está en Girardot, con sus primos.

—Claro, ¿me permite un segundo, señora Mary?

Mientras caminaba hasta el teléfono pensé bien en lo que acababa de escuchar, Isa estaba en Girardot, con sus primos. Girardot + primos = no había leído el libro. Era una posibilidad. Claro que Isa no nos fallaría...

—¿Gordo?

—¡Ring-ring corre-corre, Lorito!

—Ya oí menso. Pero mira... —dudé un instante. Era receso, salir es salir, Isa no nos iba a fallar, no había problema.

—Me visto y nos vemos —me oí decir.

—Frente a la casa de las mellizas.

—Listo.

—¡Pero ya!

Colgué.

Al volverme noté que la mamá de Isa había entrado un par de pasos y observaba mi casa con detenimiento, luego me miró. Yo estaba en pi-yama. Dicen que ella es la más chismosa del barrio, aunque a mí no me consta. Lo que sí puedo asegurar es que conoce muy bien a todos los

vecinos porque a todos les ha vendido alguna cosa en alguna ocasión.

—Mira, niño, tu mamá me encargó que te trajera algo de almuerzo —dijo y me extendió una bolsa con una caja plástica al interior. Estaba caliente: sopa. ¡Sopa! Si hay algo que me cae peor que los libros, eso es la sopa. La sopa que sea. Babosa y caliente.

—Gracias, señora —balbuceé.

—Que te aproveche —dijo la mujer subiéndose con un dedo los aros verdes sobre la nariz—. Me gustó verte, querido, hasta luego —añadió y fue saliendo sin dejar de observar a su alrededor, como escrutando si nos hacía falta algo para luego vendérselo a mamá.

Cuando cerré la puerta sentí que más que el asqueroso olor de la sopa en el aire, había algo que no me gustaba, pero no sabía qué podía ser.

Sin detenerme a pensar más, rápidamente me calcé la ropa y me eché un poco de agua en la cara.

Toc toc toc.

La puerta otra vez, demonios.

Los aros verdes de la mamá de Isa, otra vez. Esto no me gustaba. ¿Tal vez quería venderme algo?

—Se me olvidaba, niño —dijo ella, y en su mano traía un objeto rectangular y plano. A que no adivinan, ¡el famoso libro!

—Esto te lo dejó Isa. Que no viene sino hasta el domingo.

Sin poder decir nada, tomé el horrible objeto tic-tac tic-tac en mi mano. ¡ALERTA ROJA! ¡Comandante L4A reportando amenaza inminente! Esto tenía toda la cara de una traición, a lo mejor había sido una mala

jugada de Isa, una especie de venganza por la ley de hielo.

Antes de cerrar, pude ver a la distancia la figura de Migue que venía hacia la casa. «Estoy perdido», alcancé a pensar.

Cuando llegó hasta mí, el gordo estaba sudando y yo todavía sostenía el libro en la mano.

—Buena esa, Lorito, me imagino que ya acabaste con él.

—Ya casi, ya casi —fue lo único que se me ocurrió decir.

Puse entonces el libro en el bolsillo trasero de mi bluyín y revisé el otro bolsillo para comprobar que tenía las llaves de la casa.

—¡Vamos! —le dije a mi amigo. No quería pensar. No por ahora. Claro que por un segundo sí pensé en que odiaba a Isa como nunca. Y una cosa era segura: la odiaría por el resto de mi vida.

¡Riiiiiiiiinnnnng!

¡Riiiiiiiiiiiiiiiiiiiiinnnnng!

—¡Corre!

—¡Corre!

Era la cuarta o quinta casa en la que timbrábamos y echábamos a correr para ocultarnos detrás de los arbustos del jardín de enfrente. Yo volaba con mis megatrónicas, el gordo hacía su mejor esfuerzo y Sultán, el perro de Migue, nos seguía y tampoco hacía ningún ruido, como si supiera de qué se trataba.

Asomamos la cabeza sobre las hojitas del arbusto y espiamos la cara de enfado y confusión de quien abría la puerta o se asomaba por la ventana.

Esta era la casa de la «Bruja del veintiuno», ese era el número de la casa y ese el nombre que tomamos prestado del Chavo.

La mujer que vivía allí era una anciana delgada y siniestra, decían que era de malas pulgas, aunque no sabíamos quién lo decía, ni por qué. También decían que volaba. Que en las noches de luna llena salía a deambular por el barrio llevando un gato negro atado de una cuerda. Nadie veía al gato negro después y de eso se podía pensar lo peor.

Pero mamá aseguraba que la señora Eulalia, que era el verdadero nombre de la bruja, era una anciana solitaria que vivía de una pensión que le quedó de trabajar media vida en la aduana. Que no tenía más familia que sus gatos y que era de una nobleza infinita. Papá la llamaba «la viejita de enfrente».

La bruja se asomó a la puerta. Su cara arrugada era una pregunta al aire: «¿Quién?». Detrás de los arbustos nos mordíamos la lengua para no soltar la carcajada. La bruja avanzó un par de pasos hacia afuera y miró a lado y lado buscando al culpable del llamado. Pero nada.

La anciana hizo un ademán en el aire como diciendo, «caramba, entremos, tal vez fue mi imaginación».

Pero antes de entrar, la mujer se detuvo un segundo y se inclinó para recoger algo del suelo. Cuando lo levantó, rápidamente me percaté de qué se trataba y la risa se me congeló a medio camino en la garganta. El corazón se me iba a salir por la boca: ¡era el libro! ¡mi libro! ¡mi maldito libro! ¡el valioso tesoro de mamá! Era el fin.

Como si no diera crédito a lo que acababa de suceder, me llevé la

mano al bolsillo trasero del bluyín. Vacío, claro, estúpido. Tenía que ser.

—No puede ser —dije entre dientes.

Migue estaba que se moría de la risa de ver la cara de la bruja —que no había hecho el menor gesto—, que a él le parecía la más graciosa. Cuando me escuchó, al comienzo no entendió nada.

—¿Qué no puede ser? —preguntó el gordo.

Me levanté sin el menor temor de que me descubrieran.

—No puede ser —murmuré otra vez.

Migue miró a un lado y al otro. Cuando me vio la preocupación en la cara también se preocupó.

—¿Qué no puede ser? —preguntó de nuevo.

—El libro —dije con los ojos clavados en la puerta de la bruja, que con el libro en la mano se había perdido dentro de la casa.

El gordo comprendió entonces lo sucedido y se tapó a dos manos la boca para no estallar de la risa.

—¡No es chistoso! —dije enfurruñado.

Pero el gordo ya se estaba revolcando en el pasto, muerto de la risa, el maldito, mientras Sultán daba saltos a su alrededor como enloquecido, como si entendiera.

No había empezado a leerlo aún, ni siquiera lo había abierto, y ahora esa cosa que era mi libro, el libro de mamá con la dedicatoria de papá con todo su amor, estaba prácticamente perdido. ¡Y yo con él!

¿Qué hacer?

EN LA NOCHE, antes de despedirse, mamá echó una ojeada desde la puerta de mi habitación y casi me descubre con los ojos abiertos.

«¿Qué hacer?» Era la frase que revoloteaba dentro y fuera de mi cabeza. Creo que le estuve dando vueltas por horas en busca de una solución, ¡comandante L4A llamando a Comando Central, es urgente, responde! Pero nadie atendía mi llamado.

Respiré hondo y repasé con calma mi situación, «reflexionando», como dice mamá. Vamos a ver:

1. Isa, la Torre de Isa, Isa Olor de Mango tal vez no había leído el libro. Si lo había leído, de todos modos ella regresaba hasta el domingo y sería demasiado tarde. De cualquier forma cumplía su venganza a control remoto, su plan era admirable y ella una artista de la actuación. Había conseguido engañarme y yo no tenía cómo saber de qué se trataba el libro. Si acudía a Migue era capaz de reventarme su risa en la cara y tendría para burlarse el resto del año; si llamaba a otro del curso, se enteraba todo el colegio y hasta los bípedos de Tercero se iban a burlar de mí. Frito por ahí.

2. ¿Qué iba a decirle ahora a mamá? ¿Con qué historia iba a explicarle que su pequeño tesoro, ese objeto fatal para mí, había desaparecido en una especie de agujero negro, del que no podría recuperarlo jamás? ¿Me perdonaría que hubiera sido tan descuidado con ese regalo de papá? ¿Y las mentiritas sobre mis avances de la lectura? Frito más que frito.

3. ¿Y el lunes, con qué cuento iba a salirle a la profe Aguilera? ¿Me creería esta historia de verdad? «¡Una semana, Acevedo! ¿Una semana entera y ni siquiera sabe de qué se trata el libro?».

Pensé que para resolver al menos lo del control de lectura del lunes había alguna esperanza, quizás no me hundiría del todo. En el cuaderno de Lenguaje debía estar bien claro el título que copié en clase. Si seguía el «método» de mi tía Marga, ese de imaginar la historia con solo leer el título, algo podría hacer. Era el momento de poner en práctica el Plan B. Al menos, por ese lado, aún no estaba todo perdido.

De un salto me clavé de cabeza en el armario y rebusqué entre la ropa sucia a «la Pesadilla» —mi maleta—, que desde el viernes anterior estaba en el fondo, sin tocar, mal acomodada entre los patines sin las ruedas de atrás y las cajas de experimentos en las que a veces guardo los papelitos que me manda Isa.

A toda prisa abrí la cremallera, saqué de allí el cuaderno de Lenguaje casi con asco y revisé las últimas hojas. ¡Ahí estaba! El flamante título. ¿A ver?

A duras penas entendía la letra, ¡a qué horas escribí semejantes mamarrachos! Eran gusanos retorcidos deslizándose sobre las líneas azules como sobre filos de hojas de vidrio. Con un poco de concentración al fin logré descifrarlo. Tal vez podía imaginar cualquier historia y salirle con algo a la profe Aguilera, cualquier historia, sí, pero ¿con qué iba a salirle a mamá? Y entonces me quedé en blanco, como alucinado. Era un tonto de verdad. Comprendía que el asunto del título era lo de

menos, e incluso lo del control de lectura. El problema verdadero era el tesoro de mamá, solo ahora me daba cuenta por completo que aquel libro fatal era único e irremplazable, que no había otro igual en millones de galaxias a la redonda ni lo habría jamás.

«Sinceramente eres un...» (aquí dije una palabrota que no repetiré).

Piensa, Lorenzo. Piensa. ¿Con qué le vas a salir ahora a mamá?

¿Ahora quién puede ayudarme? No tenía salida, no me quedaba otra opción más que ir hasta la casa de la Bruja del veintiuno, encararla y recuperar el libro, sí, misión suicida, pero sin alternativa.

No sé cómo pude dormir.

Al día siguiente me desperté temprano, como a las ocho. Permanecí petrificado en la cama con la mirada fija en el techo, cobrando valor. Creo que pasaron varias horas.

Riiiiiiiiinnnng.

¿Ahora quién molesta, por Dios? ¿No saben que tengo un problema muy serio? Seguramente Migue, para burlarse de mi mala suerte.

Riiiiiiiiinnnng.

«Calma, Central», me repetí, «calma, nadie va a contestar ese teléfono».

Riiiiiiiiinnnng.

¡Qué tipo más terco este Miguel!

Para no escuchar el aparato, tomé el control remoto, encendí la televisión y aumenté el volumen. Increíblemente, casi de inmediato mis preocupaciones desaparecieron: no era de mis favoritas, pero se trataba

de una buena serie, *Ben 10*. Y era un capítulo nuevo, estreno de temporada: Ben Tennyson pierde el Omnitrix y Kevin 11 se entera. Ya estaba por la mitad.

Entonces me senté al borde de la cama, con la cara casi rozando la pantalla. A lo mejor Ben me daba alguna idea para salir de mi problema. Al rato el teléfono volvió a sonar y tuve que aumentar el volumen.

En un comercial, decidí que el inoportuno que llamaba tal vez necesitaba algo pronto. Si vuelve a sonar, acudiré, qué diablos, era mejor evitar otra complicación.

Volvió a sonar, pero el programa continuaba y preferí no perderme detalle. Ahora Kevin 11 poseía el Omnitrix y atacaba a Ben convertido en Infierno. Ben no sabía qué hacer. En el siguiente comercial el teléfono insistió. De un salto, fui hasta el inalámbrico, lo descolgué a toda prisa y solo contesté cuando estaba de regreso en mi habitación.

—¿Qué pasa? —pregunté airado.

—¿Qué pasa? —escuché la voz de mamá haciendo eco.

Rápidamente tapé el auricular y con la agilidad de un gato siamés estiré el pie y atiné justo al botón de apagado del televisor. El control debió rodar debajo de la cama.

—¿Mamá?

—¿Lorenzo?

—Perdona, má, es que estaba concentrado.

—¡Son las dos, Lore, llevo llamando desde el mediodía, ya estaba preocupada..!, ¿en qué andabas?

¡Dios, las dos! Piensa rápido, Lorenzo, piensa. Comandante L4A pidiendo instrucciones al Comando Central, por favor Central, esto es una emergencia, ¡responda! La comunicación seguía interrumpida. Por un segundo sentí que estaba desarmado por completo, contra la pared, y se me ocurrió que de pronto era el mejor momento para decirle a mamá toda la verdad sobre el destino de su preciado libro. Así, a la distancia, poco podría hacer ella, al menos de inmediato. Decidí soltárselo de una vez:

—Leyendo, má, muy concentrado leyendo.

Esto era un salto al vacío, pero era un salto en cámara lenta. ¿O sería una caída? Mamá dejó pasar varios segundos de silencio.

—¿Leyendo? —preguntó ella.

—Leyendo, sí —afirmé yo, sin temblor en la voz, tranquilo.

Más segundos, de los más largos, sin decir nada.

—Bien, hijo (mamá se lo creyó, ¡fiuuuuu! Sí, soy el genio de los genios)... en el horno está la sopa de ayer. Te la tomas mientras llego.

Sentí como si con aquella salida me hubiera descargado de cualquier presión, como si después de todo le hubiera dicho a mamá la verdad. Al volver al cuarto pasaban los créditos en la tele; entonces miré la consola de videojuegos, el nivel once de *Crash GALAXY* me esperaba. Esto es pan comido.

Sin pensarlo mucho encendí la consola, tiré un cojín al suelo y me preparé para el reto. Superado el nivel once, a diseñar mi avatar. Ya tenía claro su nombre, comandante L4A, por supuesto, no iba a ser preciso

dibujarlo, ahora iba a ser casi real. También estaba claro que no quería enfrentar mi problema.

Cuando llegó mamá en la noche, el nivel once había sido superado, pero había comprobado también que el nivel doce traía una novedad en los obstáculos: los barriles de pólvora llovían por todas partes, los diamantes eran en verdad puertas de entrada a niveles adicionales y la velocidad de marcha se había multiplicado por mil. Por ahora, el avatar del comandante L4A tenía que esperar.

Al final de la cena, mamá preguntó por el libro.

—¿El libro? ¡Pan comido, má! —le dije, recordando el nivel once y pensando especialmente en el diseño de mi avatar galáctico. Me pareció que, aunque no había resuelto mis problemas, después de todo, sacando cuentas, el día no había sido tan perdido, por el contrario, estaba a punto de una decisiva conquista espacial.

¡Crash!

EN LA MAÑANA, todavía un poco dormido, escuché a mamá dando vueltas por mi cuarto. Recogía las cosas tiradas, recogía los controles de la consola, recogía los CD, recogía mi ropa sucia, recogía y recogía, como un robot. Cuando abrí los ojos, mamá me estaba observando.

—Vamos, perezoso. Acompáñame al mercado.

No es que no lo disfrute, pero ir a mercar con mamá es una experiencia extraña. Ella nunca se decide a escoger a la primera vez. Vamos pasillo por pasillo, en un sentido y luego en el otro, mirando de arriba abajo y de abajo arriba. Compara y compara. Caminamos y caminamos. Por su trabajo, ella debe estar bastante acostumbrada.

Una de las razones por las que ese día decidí acompañarla, era porque no tenía más alternativa. Pero también porque sabía que, con mucha dificultad, por hoy mamá había dejado sus ventas a un lado para que estuviéramos juntos. De otra parte, no había modo de objetar que debía leer: a estas alturas de la semana, se suponía que el bendito libro era «pan comido».

Caminamos y caminamos y mamá no se decidía por nada. Y de repente, en el pasillo de las frutas, irrumpiendo entre las cajas de las naranjas y las lechugas, en sentido contrario, venía lo que se puede llamar una mala jugada del destino. ¡Tá ta ra rá!: ¡la Bruja del veintiuno! ¡No puede ser! Sí. ¡Sí es!

El corazón se me detuvo en seco. ¡EMERGENCIA! Comando Central,

¡EMERGENCIA! Mamá avanzó hasta encontrarse con la bruja y yo me quedé atrás paralizado, simulando escoger unas naranjas verdes. Las vi hablar. Me di cuenta de que la bruja también sonreía. ¡Por Dios, que mamá no vaya a hablar de mí!, ¡por favor!, ¡por favor! Unos minutos después mamá se despidió. ¡Salvados!

Al pasar junto a mí, la bruja me lanzó una mirada extraña, como si me perdonara la vida, me puso una mano en la cabeza y me alborotó el pelo. «Mocosos», me dijo entre dientes, y luego siguió de largo. Entonces, hecho una gelatina tembleque, corrí hasta alcanzar a mamá.

—¿Qué te dijo?

Mamá se volteó a mirarme con extrañeza.

—¿Quién?

—La Bruja del veintiuno.

—¿La quién...?

—La... aquella señora, mamá.

—Oh, sí, bueno, no mucho, nos saludamos nada más.

—¿Nada más?

—Bueno, me hizo un par de encargos, unas gotas de...

—¿Y no te dijo nada más?

—¿Nada más? ¿Sobre qué cosa, Lore?

—No, má, sobre nada, sobre nada.

Mamá se quedó observándome con ojos de lechuza, la intuición maternal que llaman. Yo saqué de atrás una naranja verde y se la enseñé.

—Creo que está muy verde, mejor la devuelvo —dije y me adelanté a

toda máquina por el pasillo. Si fuera tan raudo para leer como para hacer teatro... en fin.

En la tarde, mi instinto de conservación me plantó frente a la casa de la bruja.

—Te decidiste, ¿eh, Lorito?

A mis espaldas estaba Migue, en camiseta y tenis, sudoroso, mirando igual que yo hacia la puerta de la casa de la bruja. Había llegado de repente, como un fantasma. Por alguna razón no me sorprendió escucharlo y sentí de pronto que el gordo era mi verdadero amigo, un amigo de verdad, ahora sí mi mejor, gran super super amigo.

—Debo rescatarlo, gordo, si no me cuelgan.

—Pero es posible que ya lo haya destruido, o lo haya quemado, o se lo haya comido...

El gordo hablaba con seriedad y sangre fría.

—No ayudas, gordo, mejor te callas.

—Estás perdido, Lorito, pero si quieres te cuento el final del libro.

—¿El final? —me alcancé a esperar, pero recordé la estrategia del gordo para leer, es decir, el «Método básico de lectura de los super amigos». Entonces añadí, sin apartar los ojos de la casa de la bruja:

—¿El final final o el final de tu final?

El gordo me miró ahora con cara de extrañeza.

—Además, ese no es mi verdadero problema —añadí.

—¿De qué hablas?

Pensé que era inútil forzar aquel cráneo vacío y simplemente lo corté:

—Mejor cállate, gordo, que no me dejas pensar.

Estábamos clavados del otro lado de la calle, frente a la casa veintiuno, sin parpadear, espionando cualquier movimiento. El sol hacía que hasta el zumbido de una mosca pareciera enorme y decisivo.

En casa había dicho que venía al parque por un rato, a jugar con Migue, Fico y Sultán. No se me ocurrió nada más. Luego vine y me planté frente a la casa de la bruja a esperar a que saliera para pedirle mi libro. Sin rodeos, sin temor, directo, como un hombre, la prueba máxima para el comandante espacial L4A. Luego apareció el gordo a mis espaldas.

—Ve y timbra —dijo Migue después de unos minutos, con tono impaciente.

—No fastidies —fue mi respuesta.

—Cobarde, no eres capaz —me azuzó.

Le lancé mi mirada fulminante, desintegradora.

Al descubrir que la cara sería de mi amigo no se inmutaba, comprendí que no había tiempo de sangrar y debía decidirme. Si tenía que morir, que fuera intentando salvarme.

Me decidí. Apretando los puños, avancé un par de pasos y me detuve un instante para comprobar si el gordo me seguía. Pero Migue se había quedado atrás y me di cuenta de que ahora yo estaba solo en esto, la amistad tiene sus límites.

Miré la puerta de la casa veintiuno deseando ahora que no se abriera. Crucé la calle y me detuve nuevamente apenas a unos metros del jardín

al lado de la puerta, temblando. El zumbido enorme de una mosca sonó en alguna parte bajo las flores rojas de las matas cercanas.

Observé el timbre que otras veces había pulsado con la vertiginosidad de un bólido y me entraron deseos de salir corriendo, como en el ring-ring corre-corre, pero reconocí que esta vez todo era distinto.

Esta vez tendría que aguantar la mirada pulverizadora de la bruja en mi cara, quizás también sus manos de ultratumba cogiéndome por el cuello, amordazándome para que no gritara mientras era engullido por la oscuridad de aquella guarida apestosa. Todo por recuperar el libro de mamá. Mi libro.

Por última vez me volví a mirar a mi amigo que, al otro lado de la calle, se había ocultado tras los arbustos de un jardín vecino. Desde aquí veía sus movimientos de gordo atrapado entre las hojas, mientras asomaba una mano con su pulgar hacia abajo: estás muerto, me indicaba.

Entonces, sin pensar más oprimí el timbre, y su quejido pareció meterse como una serpiente entre los laberintos de aquella cueva aterradora.

Pasaron los segundos más largos de mi vida, el comandante L4A frente a la horripilante boca del lobo galáctico a punto de despertar, pero la puerta no se abrió. Una gota fría me resbaló por la espalda y entonces volví a oprimir el timbre. Al ver que nada sucedía, lo oprimí otra vez, y otra, seguro ya de que no había nadie. Luego apoyé toda la palma de mi mano sobre el botón y por sobre el hombro volví la cabeza buscando al gordo. Mi amigo estaba fuera de los arbustos y me miraba desde lejos

con la bocota abierta, mientras el ring interminable del timbre se perdía en el fondo oscuro de la casa.

Tuve ganas de patear la puerta, pero reconocí que sería demasiado. Sin dejar de mirar la casa, retrocedí hasta donde estaba el gordo y murmuré:

—Maldita bruja.

—Maldita bruja, sí —dijo Migue, solidario—, y tú estás frito —añadió.

Yo lo miré directo a los ojos y vi que el gordo estaba a punto de soltar la risa. Me sabía hecho polvo, pero no me rendía.

—Debemos hacer guardia —dije.

—¿Debemos? —replicó el gordo.

—Debemos —repetí, y levanté la palma de mi mano con la que juramos lealtad. Migue no podía negarse.

—Está bien —dijo luego, y sacó de su bolsillo una banana enorme y amarilla y empezó a pelarla.

Nos instalamos en el antejardín de enfrente, sentados sobre el andén, a esperar la aparición del enemigo. No sabía si lo que sentía eran ganas de llorar, pero una lágrima quería salir a toda prisa por mi ojo izquierdo.

Me pareció que apenas habían transcurrido un par de horas y el gordo dijo:

—Bueno, Lorito, perdiste otra vez, me voy. Mamá no me deja entrar después de las siete.

—¿Las siete? —pregunté yo, saliendo del trance y dándome cuenta de

que estaba casi oscuro y que las luces del alumbrado ya estaban encendidas. Después de las cinco, las luces del alumbrado son como los relojes del barrio. No hace falta mirar el reloj para saber más o menos cuál es la hora de entrar a casa o cuándo ya te has pasado, la intensidad de las farolas te lo dice.

Sin embargo, Migue miró su reloj de números fosforescentes y dijo, levantándose:

—Sí, las siete, van a ser... y ahora sí que te fregaste, de verdad, porque ya no te puedo contar ni el final del libro.

Comprendí que el gordo había estado esperando toda la tarde a que se lo pidiera y que era como una victoria suya. Pensaba que yo estaba en sus manos, pero preferí no aclararle que ese no era el problema de fondo. Dejé que pensara que al final él ganaba, otra vez.

—Ni me cuentes —le dije—, ya me lo imagino.

Antes de irse, Migue pasó la mano por debajo de su cabeza, como una cuchilla a la altura del cuello: estás requetemuerto, me indicaba ahora. Cuando me quedé solo, desde mi posición examiné una por una las ventanas de la casa de la bruja y confirmé que todas estaban a oscuras, que no había una sola luz. Misión fallida, señores.

Pensé en medidas desesperadas, asaltar la casa, por ejemplo, pero sabía que muy a mi pesar debía afrontar las consecuencias, aunque aún podía quedarme un poco de suerte: a lo mejor la profe Aguilera se enferma o, mejor aún, la pobre sufre un tremendo accidente y entonces... ni control de lectura ni nada y... en fin.

Cuando pensé en esto un vientecito fresco se me metió en el cuerpo, me levanté lentamente y caminé hacia mi casa. El vientecito fresco fue desapareciendo por el camino: en casa me iban a matar, y yo le iba a romper el corazón a mamá, un poquito.

Cuando estaba a pocos pasos de la puerta sentí que caía sobre mí todo el peso de la derrota. En la ventana de la sala vi a mamá asomarse. Mis pies vacilaron un instante, pero como ella me volteó a mirar, yo seguí adelante como si nada, valiente y haciéndome el tipo sin deuda con el destino, el héroe espacial que retorna de su misión suicida, a la base, sin un rasguño. En casa se respiraba un aire incómodo, como cuando papá llega tarde y se concentra en calificar los exámenes de sus estudiantes, o cuando se pone a hablar de política con el televisor.

—¿Y el libro, Lore? —me preguntó mamá después de la cena, cuando ya iba para mi cuarto.

—A punto de acabar, má —mentí con la mejor cara de lechuga que pude —esta noche termi...

Iba a continuar, pero justo en ese instante mamá sacó de su espalda el libro aquel, mi libraco, su tesoro, y me lo mostró en el aire como un mago enseñando la carta que acaba de adivinar.

Señoras y señores: esta vez no se me ocurrió nada qué decir.

—Ring ring y corre —dijo entonces mamá, como si se tratara de un enigma. Sus ojos empezaban a enrojecer mientras mi cara palidecía, sentí que algo se derrumbaba a mi alrededor. Luego agregé:

—¿Sabes? Alguien dejó este libro en la puerta, timbró y desapareció.

¿Sabes de qué se trata, Lore?

Sí, claro, sabía perfectamente, no había que ser un genio para saberlo. Ahora lo entendía. «Alguien», sin dudar por un segundo que el libro me pertenecía (o que pertenecía a mamá), puso el libro en la puerta. «Alguien» timbró, ring, ring. Antes de que mamá abriera ese «alguien» se movió lo más aprisa que pudo y se ocultó detrás de los arbustos. Entonces mamá abrió y bueno, ese «alguien» me devolvió la misma moneda. No era para reírse, pero mamá tenía una especie de sonrisita diabólica en la cara. Por supuesto, no estaba nada divertida.

Por detrás de ella vi venir a papá. Su frente se arrugaba como si le doliera algo.

Mejor no entro en detalles. Solo diré que de ahí en adelante la cosa se puso fea: empezaron las recriminaciones, que ya no más tonterías, que ya estás crecidito, que es el colmo, que así no es posible confiar en ti, que el libro aquel representaba mucho, que la responsabilidad patatí patatá y no sé qué más... Vociferaban, manoteaban, creo que al final mamá gimoteaba... Y luego, claro, irrupción en mi cuarto, fuera la tele, fuera la consola y con ella los cd de videojuegos, incluido *Crash GALAXY*, decomisados por papá, por un mes. Papá había dejado los cables tirados por el suelo, como si hubiera entrado un huracán. Había sido todo un drama.

Cuando me quedé solo en mi cuarto sentí en el estómago el vacío existencial del que habla la profe Marcia en la clase de Valores. Es como un agujero negro que te va creciendo hacia adentro y tú vas cayendo

dentro de él. Crece y crece, y tú caes y caes, y no hay fondo a la vista. Justo a las nueve de la noche.

Nada qué hacer.

Esto fue el fin.

Última hora

NOTICIA DE ÚLTIMA hora: se acabó la semana de receso, se me acabó el tiempo... ¡y nunca comencé el maldito libro!

Estaba perdido y me sentía más solo que nunca. Solo como un champiñón, solito como una cebolla en el plato... solo y derrotado. Había echado a perder mi vida.

¿En dónde estaban mi primo Fredo (el genio magnífico), el gordo Miguel (mi mejor super super amigo), Isa (la horrible y vengativa Torre de Isa), mi tía Marga (mi dulce algodón de azúcar), incluso la Bruja del veintiuno (mi último verdugo)...? ¿Quién podría ahora ayudarme?

Nadie en esta hora de desgracia. Estaba solo de verdad. El comandante L4A abandonado en medio de la inmensa nada del espacio sideral.

Fue entonces cuando lo vi, al culpable de todo. A pesar del estado lamentable en que estaba después de pasar por mis manos, mamá lo había dejado allí en mi cuarto, otra vez, como diciéndome que al fin de cuentas, ahora me pertenecía.

Estaba sobre la silla que antes ocupaba la videoconsola, asomando una punta un poco doblada debajo de mi ropa sucia, con cara de inocente, como si no supiera nada de lo sucedido. No había estallado jamás, pero su tic-tac se había detenido definitivamente. Aunque nunca hubo invasiones extraterrestres ni nada semejante, sentía como si el comandante L4A hubiera perdido la batalla final contra esa cosa alienígena en una guerra que no sabía cuándo había acontecido. Pequeño,

plano, rectangular y sin mucha gracia, no había servido ni siquiera para leer, pero venía a ser como la prueba reina de mi derrota.

Me acerqué, lo tomé en mis manos y lo examiné con cuidado. Este trozo de la historia de mamá había llegado a mi vida hacía pocos días, y había estado fastidiándome, sin hacer nada. ¡Tanto alboroto por esta cosa! ¿Era posible que este objeto tan insignificante para mí me hubiera arruinado la semana entera? Al parecer, sí era posible. Y me había vencido al final. No tenía salvación, no había plan B, ni C. Todo parecía indicar que había perdido, también esta vez.

Pero esta vez sí, definitivamente.

Quería llorar.

Arrojé el libro sobre mi escritorio con deseos de que desapareciera para siempre, y entonces de su interior resbaló un pequeño sobre de color violeta. Se trataba de un sobre pequeñito, como de mentiras, para jugar. Lo recogí con curiosidad y un aroma de otro tiempo llegó hasta mi nariz, un olor dulce y vivo, de mango azucarado.

De su interior saqué un papel, también violeta, doblado por la mitad. El mensaje estaba adornado con una especie de flor en forma de corazón, un corazón con pétalos de colores luminosos. Al instante reconocí la letra. Era redondita y perfecta, pareja, delicada, como suspendida en el aire de la hoja por cables invisibles. Esta vez lo leí. Decía:

Hola, Lore:

Este mensaje es para que lo leas, es muy cortito. Solo quiero decirte tres cosas:

A. Primero, gracias por el libro. Lo leí.

B. No te lo voy a contar. Aunque quisiera.

C. La historia es linda y tu papá tenía razón: las historias de todos los libros tienen que ver con nuestra historia.

Piénsalo.

Tu amigo que te quiere mucho, I.

¡Caramba!, me dije, dándome un golpe en el pecho, esta Isa no solo es telepática, sino también adivina. De repente, con ese mensaje me daba cuenta de que era la única persona que había venido en mi ayuda, y también de que era la única que me comprendía a la perfección. Además, aunque no lo decía claramente, parecía conocerme mejor que cualquiera.

Volví a leer su mensaje, punto por punto. Sentía que Isa estaba allí conmigo, que era como si me hablara al oído con su voz delgadísima, de ratoncita chillona, la voz más dulce que había escuchado en mi vida.

Mientras leía, algo dentro de mí, por allá en el fondo, se empezó a mover como un elefante desperézándose.

¿No dicen acaso que en la puerta del horno se quema el pan?, pues en la puerta del horno también se puede salvar, como pasa en esas películas en las que al final, de manera inesperada, algo sucede que hace que el héroe se salga con la suya. Pues ahora también podía ser.

«¡Qué demonios!», me dije entonces tomando el libro, «a ver, qué tanto tienes que decir...», sin darle más vueltas agucé los ojos y leí su título, palabra por palabra. Era una verdadera tontería, pero debo confesar que ahora me parecía curioso, no era que me matara, pero resultaba curioso. Luego observé la ilustración de colores. Creo que era algo divertida, como si contara una historia aunque permaneciera inmóvil.

Con el valor galáctico que exige cualquier misión, abrí la primera página y leí entonces las palabras que papá había escrito a mamá hacía tiempo... Eran frases simples y bonitas, pero había algo más que, gracias a las palabras de Isa, solo ahora notaba: sí, como decía papá a mamá, esa historia tenía que ver con su historia, su propia historia de amor, seguro que también tenía que ver con mi propia historia... y en ese instante las hojas del libro se abrieron como un abanico y su viento extraño me acarició la cara.

No era una alimaña lo que de allí escapaba sino una especie de secreto, un misterio escondido, una verdadera revelación. De pronto, sentía que no me importaba nada de lo que me había sucedido en Primero, ni en Segundo, ni en Tercero, ni siquiera lo que había ocurrido en esta

última semana de receso.

Fui a la última página, me di cuenta de que tampoco me importaba el número, podían ser mil páginas y no me importaba en lo absoluto. Daba igual. Al fin y al cabo, solo se trataba de hacer esto, me dije, abrir el libro. Sería como entrar a un nivel especial de *Crash GALAXY*, pero en la vida real.

Entonces encendí los motores de mi nave sideral, establecí coordenadas, ajusté los controles, pedí al Comando Central autorización para despegar, y el fuego de mis propulsores iluminó la habitación.

Y leí.

Hasta el final.



Te cuento que John Fitzgerald Torres...

Que es para que lo leas...



NACIÓ EN BOGOTÁ. Cada mañana, esté en casa o no, lee y trata de escribir algo, un poema, las líneas de un cuento o de una novela, o una canción. Así ha escrito y publicado varios libros: *La camisa en llamas*, *En el centro de la hoguera*, *Palabras de más*, *Alguien creará que esto es la poesía*, *Orsai*, *Otros poemas*, *Poeta de vecindario* y *Travesía del instante*. Ha ganado algunos premios nacionales e internacionales de poesía y narrativa. Realiza talleres de lectura para niños, ha trabajado como profesor en varias universidades del país y por muchos años dirigió el Festival Internacional de Poesía de Bogotá. Obtuvo el VI Premio de Literatura Infantil El Barco de Vapor-Biblioteca Luis Ángel Arango con *Por favor, ¡no leas este libro!*



WWW.LITERATURASMCOLOMBIA.COM

ILUSTRACIÓN DE PORTADA Powerpaola

Por favor, ¡no leas este libro!

PRIMERA EDICIÓN abril 2014

© DE LA PRESENTE EDICIÓN Ediciones SM, 2014

© DEL TEXTO John Fitzgerald Torres, 2014

© Ediciones SM, Colombia, 2014

Carrera 85K 46A-66, oficina 502

Complejo Logístico San Cayetano

PBX 595 33 44 Bogotá

soylector@grupo-sm.com

www.literaturasmcolombia.com

Coordinación técnica: Producto Digital SM

Digitalización: **ab** serveis

ISBN: 978-958-773-221-8

tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier otro medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.